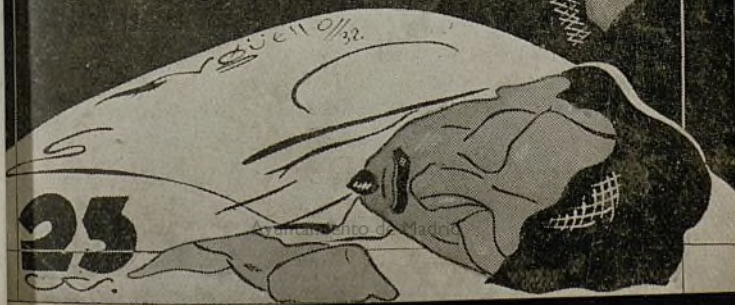


Nº 25

# La muerte del revolucionario Tadji K

La novela  
proletaria

Pedroddine Hyni



Avanzamiento de Madrid

# La "Biblioteca de los Sin Dios"

lleva publicados los siguientes cuadernos, de muy esmerada presentación, preciosas portadas y excelente papel:

## BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS



Número 1: «Jesucristo, mala persona». — 2: «Las alegres abuelas de Jesucristo» (denunciada). — 3: «La absurda virginidad de María» (denunciada). 4: «¡Eso de las hostias!». — 5: «La farsa de Cristo Rey». — 6: Los chirimbolos del altar». 7: «La ignorancia de Jesucristo». — 8: «¡Vaya un Cielo el de la Biblia!». — 9: «Jesús santifica el matrimonio civil». — 10: «El pobre Diáblo, en ridículo». 11: «Origen nefando de los conventos» (denunciada) — 12: «Dios Padre, pedrusco». — 13: «Cristo no fué cristiano». — 14: «El Sacramento Vaginal». = 15:

«Jesucristo, homosexual». — 16: «El Santo revoltillo de la Misa». — 17: «Adán, Eva y Compañía». — 18: «3 decálogos por 3 = 30 mandamientos». — 19: «Pilato echa las muelas». 20: «El cuento de las vírgenes que paren». — 21: «Magos, pastores y otros belenes». — 22: «El Papa que parió». — 23: «Los Apóstoles y sus concubinas».

Cada cuaderno estudia, en forma amenísima y con gran copia de argumentos, un aspecto de la Mitología y el dogma cristianos.

Su autor es **AUGUSTO VIVERO**  
tan especializado en estos asuntos.

Precio de cada cuaderno: VEINTICINCO CENTS.

Se sirve toda la colección a reembolso, con el 30 por 100 de descuento.



LA MUERTE DEL  
REVOLUCIONARIO  
TADJIK

POR

SADREDDINE AYNİ



LA NOVELA PROLETARIA

ROMA, 41


MADRID

Ayuntamiento de Madrid

ES PROPIEDAD

Imp. Campos — Pedro Heredia, 1 dupdo.—Madrid

Ayuntamiento de Madrid



## LA MUERTE DEL REVOLUCIO- NARIO TADJIK

### LA ENFERMEDAD

**O**DINA había trabajado en la fábrica los años anteriores. La vida en la fábrica estaba llena de privaciones; nunca comía hasta hartarse, nunca tenía una cama medio cómoda, nunca había oído una palabra agradable de sus jefes. Ahora ya estaba decidido a no volver a la fábrica, a huir de ese trabajo de forzados. Ya encontraría otra cosa. Pero estalló la revolución de Febrero; los patronos parecían mejor dispuestos para con los obreros. Odina creyó que habían llegado tiempos mejores; todo iría mejor para los trabajadores.

Ayuntamiento de Madrid



Tenía derecho a creerlo así. Había visto la alegría de las masas, la esperanza y el entusiasmo comunes. Pero, en realidad, aquéllo sólo eran quimeras.

El zar había abdicado; nada cambiaba. El nuevo Gobierno era, como el anterior, un juguete de los capitalistas, de los grandes propietarios y de los fabricantes. La revolución de Febrero no cambió nada. Los ricos seguían arreglando las cuestiones del Estado. Los intereses de los obreros quedaban relegados a tercer lugar. Era realmente ingenuo pensar que los capitalistas iban a abrir sus sacos de dinero, de buena gana, para dar de comer a los hambrientos trabajadores.

Los jefes obreros comprendían lo que pasaba. Combatían a los capitalistas y preconizaban la toma del Poder por los proletarios.

Odina perdió toda esperanza en la fábrica. A los pocos días se convenció de que la conducta de los patronos y de los administradores no había cambiado; la miseria de los obreros era la misma. Sólo se habían alterado los títulos y los

tratamientos. Había comités de obreros. En la fábrica donde trabajaba Odina, el comité lo presidía un viejo enemigo de los obreros, el destajero Kourban-Ali. Los patronos trataban a sus trabajadores con la misma dureza de antes. Sólo habían cambiado el tono de la conversación y las letras de los tratamientos. Antes se le llamaba al patrono «señor» y ahora se le decía «ciudadano». Lo demás todo seguía igual. Todo estaba como antes.

Al partir de su casa paterna, Odina tuvo que separarse de su novia, Ghioul. Esto le apenó mucho. Pero la idea de trabajar en la fábrica, donde, según creía él, los obreros llevaban una vida mejor y más fácil, fué para él un estímulo. El pensaba trabajar con aplicación y ahorrar el dinero necesario para la boda, que los novios esperaban impacientemente. Como un rayo de sol resbalando en un tejado, como la claridad de la Luna, que disipa las tinieblas nocturnas, así alumbraba esta esperanza su camino. Pero la situación en la fábrica seguía siendo terrible.



Las esperanzas se disiparon como el humo. Las vejaciones, la pena y la miseria desesperanzaron a Odina. Cayó enfermo.

Un viernes, los tadjiks de Andijan, obreros, mozos y vigilantes, se reunieron en torno del enfermo. Decidieron que éste necesitaba cambiar de aires y reunieron entre todos el dinero necesario para el viaje a Tachkent.

Dos de ellos condujeron a Odina a la estación al día siguiente, le compraron un billete y le instalaron en un coche. El dinero que les quedó, después de pagar el billete, se lo entregaron al enfermo. Después se despidieron de él afectuosamente.

Veinticuatro horas más tarde, Odina llegó a Tachkent. La soledad le angustiaba. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer? Ante la estación había una pequeña plaza con árboles. Los tranvías pasaban y repasaban, haciendo un ruido estruendoso. Odina avanzó hasta el primer árbol, se tumbó a su pie y se quedó dormido como un muerto. No reabrió los ojos hasta pasada más de una hora. La noche comenzaba a caer.



Las luces de las casas brillaban a lo lejos. Las gentes tenían un sitio bajo el sol y donde guarecerse en las noches. Odina, tumbado en el suelo, soñaba en el porvenir. Las frondas murmuraban sobre él. Una noche de exilio descendía sobre su cuerpo.

En el cerebro del infeliz Odina, caldeado por la fiebre, hervían confusamente, entre imágenes de dolor y amargura, imágenes de esperanza. ¿Por qué no llegaría un tiempo en que todos tuviesen con qué vivir, y techo y lumbre, amor y paz?

Y contemplaba cómo, envueltos por furioso vendaval, desaparecían arrebatados por una fuerza invisible los «ciudadanos patronos», los infames administradores, los hombres de armas que apuntaban con sus bayonetas todo el mundo viejo, que se había convertido en mundo nuevo con sólo haber cambiado los nombres a las cosas.

Sonriendo al dulce rostro de su Ghioul, Odina volvió a dormirse, abrasado por la fiebre...

## SOCORRO INESPERADO

—¿Quién eres tú? ¿Un tadjik?

—Un pobre tadjik.

—¿Qué piensas hacer aquí?

—No pienso nada.

—¿Dónde vives?

—Aquí.

—No puedes vivir aquí; los milicianos te arrestarían. Tienes que buscar otro albergue.

—¿Adónde ir? Yo no conozco a nadie en esta ciudad.

—Ven conmigo.

—No tengo fuerzas para levantarme.

El desconocido que había dirigido la palabra a Odina se agachó sobre él, le cogió por los hombros y, con un poco de esfuerzo, consiguió ponerle en pie. Pasaba un tranvía. Odina siguió penosamente al desconocido. Este le hizo subir al tranvía y le sentó en un banco. El tranvía continuó su marcha.

El salvador inesperado era un tadjik

radicado hacía mucho tiempo en la nueva ciudad de Tachkent. Trabajaba en un albergue. Se llamaba Cho-Mirza. Acababa de conducir a la estación a un viajero que se había hospedado en el albergue. De regreso había encontrado a Odina y había reconocido en él por ciertos indicios, poco aparentes pero significativos, a un tadjik, y lo había interrogado. Los dos hombres pertenecían al mismo pueblo. Los dos hombres ganaban el pan con el sudor de sus frentes. Esto les unía. Odina reposaba ahora en el albergue.

El sol es sano. La sabiduría popular lo dice muy bien: «Cuando el sol no entra en una casa, el médico visita.» O de otro modo: «En casa habitada por el sol el médico no tiene nada que hacer.»

El sol cura las enfermedades. También la tuberculosis. El pobre Odina, obediente al mandato del médico, pasaba largas horas al sol.

En estío no se pueden pasar muchas horas al sol. Pero en otoño el sol es menos ardiente y se puede pasar todo el día bajo su tibieza acariciante.



Esto es lo que Cho-Mirza obligaba a Odina a hacer en Septiembre. El enfermo pasaba al sol desde la mañana a la tarde. Los rayos solares vagaban por su cuerpo.

Un día, estando Odina echado en el sitio de costumbre, dormido y despierto alternativamente, un desconocido entró en el albergue. Cho-Mirza trajo las teteras y los platos. El desconocido se sentó en un rincón y pidió té.

Por su apariencia exterior parecía un tadjik; pero llevaba un sombrero chato del Cáucaso, en bastante mal estado, una vieja capota de soldado y un pantalón de cuero rojo. Un traje bien extraño.

Sin embargo, el ojo de Cho-Mirza reconoció a un tadjik.

Cho-Mirza tomaba el té frente al extranjero. El dulce vapor de la tetera flotaba entre sus caras.

—Querido huésped — dijo Cho-Mirza —, perdona mi curiosidad y dime de dónde eres.

—De Karateghine.

Odina percibió estas palabras al través de su somnolencia. Entreabrió los ojos,

miró fijamente al hombre que había hablado y le pareció reconocerle vagamente. Pero no pudo recordar de dónde le conocía. Esforzó su memoria; sus pensamientos se dispersaban como en el viento. Volvía a ver su pasado en rasgones, como páginas arrancadas de un libro. Eran recuerdos amargos y dulces. La imagen de su novia disipaba todas las demás. Odina volvió a cerrar los ojos.

Karateghine... Este nombre hacía a Odina el efecto de un toque de clarín. Karateghine, nido de las avispas de la opresión, madriguera de los tiranos, fortaleza de los amos.

Odina no esperaba ya recibir noticias de los suyos. Sentía que se aproximaba la muerte. Su único deseo era saber algo de su novia y si la vieja Aycha vivía todavía. «Si las noticias son buenas, decía, moriré sonriendo; si son malas, me iré de este mundo con el corazón amargo. Pero quiero saberlo antes de que mis ojos se cierren.»

Por eso escuchaba atentamente la conversación de los dos bebedores de té.

—¿Llevas mucho tiempo en Tachkent?  
—preguntó Cho-Mirza.

—Un mes.

—¿Vienes de Karategghine?

—No. Hace cuatro meses que salí de allí.

—¿Te has entretenido entonces en el Fergan?

—No. El camino entre Karategghine y el Fergan están cerrado. Los amos de Karategghine no permiten que nadie pase al Fergan.

—¿Y cómo te las has arreglado?

—De Karategghine fui a Bukhara. Vamos, en realidad, me llevaron allí a la fuerza. De allí he venido aquí.

—Amable hermano —exclamó Cho-Mirza—. Nosotros también somos tadjiks. (Señaló con el dedo a Odina.) Queremos saber todas tus cosas. Cuéntanos.

—Ya sabía que érais tadjiks—repuso el desconocido—. Al llegar a Tachkent pregunté a todo el mundo si había tadjiks en la ciudad. Ayer me hablaron de vosotros y aquí me tenéis.

—Encantado. ¡Que seas bienvenido!



Pero cuéntanos por qué te fuiste de Karateghine y lo que has hecho en la «noble» Bukhara.

—En Karateghine yo estaba en la cárcel. Este año el emir envió a todos los presos a Bukhara. Me obligaron a hacer el viaje con bandidos y ladrones. En Bukhara me metieron a la fuerza en la banda de Chirbatch. Allí había algunos desgraciados como yo; pero la mayoría de los soldados eran bandidos notorios o asesinos profesionales. Al principio, nuestra guarnición operaba en Bukhara y sus alrededores; los habitantes, a los cuales debíamos asegurar la paz, gemían y se arrancaban los cabellos. El terror entraba con nosotros en las aldeas. Los soldados, borrachos, saqueaban las casas, violaban a las mujeres, ultrajaban a los niños, robaban todo, destruían los sembrados al paso de sus caballos. A los que se permitían mirarles mal, les ataban las manos y les enviaban a Bukhara, acusándoles de rebeldes. En Bukhara, quien podía pagar el rescate se libraba de la prisión. A los pobres los fusilaban en las

cárceles y arrojaban sus cadáveres a los precipicios. Una paz relativa reinaba, sin embargo, en el país. Pero lo que pasó algunas semanas más tarde, durante la ofensiva de Kolessov, es horrible contarlo. Los hombres fueron machacados como piedras. Fué una espantosa carnicería. La vida humana valía menos que un escupitajo. Por fortuna, yo no estaba en Bukhara. No habría podido resistir ese espectáculo. Se mataba a la gente por cientos. Las calles estaban llenas de montones de cadáveres. Nosotros estábamos un día cerca de Kizil-Tepe. No lejos de una fábrica de tejidos ví un montón de osamentas humanas. Yo le dije a uno de mis camaradas: «¿No son éstos los restos de hombres muertos por la fe? Es sorprendente que les hayan abandonado aquí en vez de enterrarlos en un lugar especial y con todos los honores». —¡Que el diablo te lleve a ti y a los mártires!, me respondió el joven bandido que era mi compañero de armas. Estos eran tadjiks que trabajaban en la fábrica con otros musulmanes y rusos. El propietario de la fáabri-



ca era un djadid. Cuando en Bukhara se administró una paliza a los djadids y a los rusos, los obreros de la fábrica tomaron el tren y fueron a refugiarse en Samarkan. Pero los tadjiks se quedaron aquí. No tenían donde refugiarse. Nosotros llegamos a castigarlos. Teníamos la orden de matar a todos los que encontráramos en este nido de rebeldes. Los primeros hombres que encontramos fueron los obreros tadjiks. «Dejadnos nuestras vidas, nos gritaron; nosotros somos pobres tadjiks, musulmanes como vosotros. ¿Es un pecado el habernos quedado aquí, contando con la protección del emir, zar del Islam, sin escuchar a los rusos, que nos invitaban a huir? ¿Nos hemos equivocado, gentes sumisas que somos nosotros, al pensar que el emir —¡que viva muchos años!— nos protegerá?» Querían engañarnos para salvar sus vidas. Pero no hicimos caso a sus mentiras de rebeldes. Comprendimos bien el ruego de esos perros que habían servido al djadid y se habían quedado aquí hasta el fin. Les matamos a todos y arrojamos



sus cadáveres en ese hueco. Saqueamos la fábrica y, después, le prendimos fuego por los cuatro costados. Ardió magníficamente. El humo llegaba al cielo... Las aves de presa devoraron la carne de los muertos y ya no queda de ellos más que ese montón de huesos.»

Después de una pausa, el desconocido agregó:

—Si yo no lo hubiera oído con mis propias orejas, jamás habría creído que tal cosa pudiera haber sido posible. Pero yo he visto con mis propios ojos el montón de osamentas y he hablado con los matadores. Quieras que no, me he convencido de que esa es la verdad. Y yo he quedado horrorizado de las atrocidades que se cometen en nombre del Señor del Islam en las tierras de los creyentes...

Odina escuchaba todo. Las palabras del extranjero le produjeron una profunda impresión. Sus ojos brillaban con un fuego seco, la sangre le subía al rostro. No pudo más y gritó:

—¡Amigo! Los pobres tadjiks cuyos huesos se pudren en el hueco son ellos

mismos culpables de su desventura. Su gran falta es la ignorancia, la inconsciencia. No comprendían nada. Las palabras «fe» y «patria» eran sagradas para ellos. Sus enemigos de clase se aprovechaban de su ignorancia para llenar sus bolsas de oro y de piedras preciosas. Los pobres habitantes oprimidos e ignorantes de las aldeas pueden no comprenderlo todavía; pero esto es imperdonable tratándose de obreros. La fábrica educa a todos. La vida del obrero, hecha de trabajo y de solidaridad, esclarece muchas cosas. Esos pobres tadjiks han debido preguntarles a sus camaradas de trabajo, a quienes benefician los discursos sobre la fe y la patria, qué intereses esconden. Pero los pobres tadjiks no lo pensaron. Prefirieron morir como los corderos, dirigiéndoles miradas suplicantes a sus asesinos. Fué un gran crimen. Pero éste es el pasado. Si esta terrible experiencia nos enseña quiénes son nuestros enemigos y quiénes nuestros amigos, si todos nos unimos para defender nuestras vidas y nuestros derechos, la sangre de los obreros y cam-



pesinos no correrá más como un río de agua roja.

Cho-Mirza dirigió a Odina una mirada amistosa.

—Tienes razón—le dijo en voz baja.

Luego se volvió al desconocido:

—Continúa tu relato. Te escuchamos.

El desconocido continuó:

—¿Qué podía yo hacer? Me habrían matado a mí también si yo les hubiera dejado entrever que pensaba algo. Nuestro destacamento fué enviado a Kermin, puesto a las órdenes de un capitán que tenía una excelente reputación. Era, según decían, uno de los favoritos del emir. Había llegado a una buena posición proporcionando a su señor prostitutas europeas y bellos muchachos. Kermin está en la frontera bolchevique y por esto habían enviado allí a este celoso oficial. Cuando llegamos a Kermin se estableció entre nosotros un régimen siniestro. Era el pillaje, la violencia y el crimen organizados. Patrullas montadas recorrían diariamente el camino a Samarkand y las estepas vecinas. Hacían reconocimientos,



olían los vientos. Nuestros hombres arrestaban a todo el que encontraban, le llamaban bandido y lo maltrataban. Se divertían torturando a los cautivos, suspendiéndolos de los árboles. Después de desvalijarlos los colgaban. Gentes conocidas por su espíritu pacífico venían a quejarse al capitán. Este trepidaba, juraba e injuriaba al visitante. «¿Qué más vas a inventar? ¿Acusas a mis hombres de haberte robado? Te comprendo. Tú eres un infiel y quieres deshonar a los devotos servidores de Su Majestad. Márchate de aquí, si no quieres que te meta en prisión.» Era demasiado duro para mí vivir entre aquellos bandidos que perseguían a los más pobres de los pobres. Decidí fugarme, pero no sabía cómo ni adónde huir. ¿A Karathin? Me habrían ahorcado o enterrado vivo. Vacilaba. Habría querido ganar Samarkand y Tachkent, pero era peligroso. Decían que los bolcheviques torturaban a todos los que llegaban de Bukhara a Samarkand y Tachkent y que los habitantes de estas ciudades gemían bajo su yugo. Los grandes propie-

tarios y los «mullahs» que habían huído de los bolcheviques confirmaban estas mentiras y esparcían las noticias más fantásticas sobre los infieles escapados de Bukhara: «Esos traidores han muerto como perros...», «los bolcheviques los han tratado como merecían; sus cenizas han sido echadas al viento. De ellos no queda sino el recuerdo...» Un día nuestros hombres cogieron a un viajero que venía del campo enemigo. Era un habitante de Katta-Kurgan. Le llevaron a presencia del capitán. La voz de éste volvió a tronar: «Acércate, querido, vamos a charlar. Tú vas a morir aquí como un perro, como un perro rabioso.» A pesar de sus gritos, el capitán brillaba de alegría. «Pero, agregó, dulcificándose un poco, tú puedes salvar tu vida. Dinos lo que sepas de los infieles de Samarkand y de Tachkent; dinos lo que preparan contra Su Majestad... Esto puede salvarte la vida.» «Es inútil insistir, respondió firmemente el cautivo. Yo no soy lo bastante tonto para creer en tus promesas. Yo os conozco bien. Sé que sois unos mentiro-



sos sin fe que queréis hacer una nueva víctima. Yo no le temo a la muerte. Nosotros sabemos lo que nos espera cuando caemos en vuestras manos. Soy vuestro prisionero, vosotros me vais a matar; pero esto no cambiará nada. Miles de otros vienen detrás de mí. Esto es lo que tienes que decirle a tu emir. Tú me hablas de infieles. ¿Qué podría yo decirte de ellos? Están muy ocupados. Día y noche trabajan preparando la venganza. El bello día de la venganza está muy próximo. Si no lo crees, te convencerás muy pronto. Tú me preguntas cómo viven los infieles con los bolcheviques. Todo el mundo lo sabe. Desde que los djadids se han instalado entre los bolcheviques, todos tienen, los unos y los otros, la misma estrella...» Cuando el capitán oyó estas palabras, llenas de entusiasmo y coraje, sufrió un ataque de cólera. Su cólera fue como una llamarada. Sintió deseos de cortar en pedazos a este hombre que le miraba firme y serenamente a los ojos y de quemar los pedazos para que no quedaran de él ni las cenizas. Pero se dominó

y decidió enviarlo a Bukhara. «Será, dijo, un buen regalo para el emir.» Encadenaron al prisionero y lo enviaron. He oído decir que el emir lo hizo ejecutar en uno de los jardines de su palacio. Lo cortaron en pedazos delante del propio emir. Más tarde se supo que el prisionero no era otro que Mirza-Osman, fugado de Bukhara. Yo he sabido que hay una Bukhara secreta, en la cual los rebeldes luchan y trabajan. Yo me escapé por Samarkand. En Kermin les conté mi vida a los obreros del ferrocarril. Ellos me ayudaron a venir hasta aquí.

Odina se impacientaba. Ardía en deseos de oír hablar de Karategnine.

—¿Por qué fuiste arrestado en Karategnine?—le preguntó al desconocido.

—Yo no comprendí nada—respondió—. Vine el año pasado del Fergan con una caravana de tadjiks. En la frontera me arrestaron los hombres del emir.

El desconocido no había terminado aún su respuesta, cuando Odina, que le miraba atentamente, haciendo un doloroso esfuerzo de memoria, exclamó:



—¿Eres tú, Cherif?

El desconocido, sorprendido, temblaba. En lugar de responder, gritó con voz jubilosa:

—¡Tú, Odinal! ¿Cómo no te he reconocido antes?

Los dos amigos se abrazaron.

Después, un gran silencio cayó sobre ellos.

Odinal callaba, temeroso de preguntar por los suyos, y en especial por la dulce Ghioul. ¿Qué había sido de ellos entre la barbarie de la soldadesca?

Cherif callaba, puesta la memoria en las terribles escenas con que un capitán feroz puso espanto en los moradores de Karategnine. ¡Horas horrendas, que jamás se irían de su imaginación! ¡Cuadros espeluznantes, que le seguirían al través de la vida como pesadilla macabra!

## ÚLTIMOS DÍAS

Cherif, al encontrarse con Odina en un albergue de Tachkent, no le había dado noticia ninguna de sus parientes próximos, asesinados en una aldea escondida de Karategnine. Quería evitarle esta dura prueba. Las noticias podían matar al enfermo. Por esto Cherif se había dedicado a contar primero sus propias aventuras. Como Odina se había mostrado más tranquilo, decidió decirle la verdad con cierta circunspección.

Durante su relato, Cherif miraba a los ojos de Odina, presto para atenuar, si era necesario, la rudeza de la verdad. Odina permaneció en calma y con el ánimo templado.

Dijérase que la tragedia espantosa en que los suyos fueron exterminados no llegaba a las fibras de su sentimiento.

Cherif dudaba. ¿Es que con sus circunspecciones y rodeos hacía incomprendible la triste narración? ¿O era más bien



que Odina, minado por la enfermedad, no daba ya a los hechos toda su horrenda importancia? Porque, ¿cómo, si no, explicarse la terrible impasibilidad con que lo oía todo, todo, sin excluir la repugnante escena en que la pobre Ghioul, víctima de unos soldados repletos de alcohol...?

Cherif terminó su relato. Odina, sin decir nada, se levantó y se dirigió a su tapiz. Reflexionó un momento, extrañamente absorto, antes de acostarse. Sus ojos se cerraron al fin. Cherif creyó que se había dormido. Cho-Mirza entró con una cazuela. Quiso despertar a Odina para cenar todos juntos, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Odina había perdido el conocimiento. Cherif comprendió que su amigo se moría.

Se sentían desasosegados. La cena se hizo triste y fría. Cho-Mirza y Cherif condujeron a Odina a su cama en el interior del albergue. El cuerpo del enfermo era ligero como el de un niño.

## EL ÚLTIMO VIAJE

El día 22 de Octubre de 1918 fué extraordinariamente frío en Tachkent. Soplaban un fuerte viento norte, haciendo gemir los árboles y levantando remolinos de hojas secas en la ciudad desierta. Las hojas amarillas parecían bandadas de pájaros asustados. Las nubes pasaban muy bajas. Nevaba. La nieve se transformaba en una triste lluvia de otoño. Las calles estaban lamentables.

Las gentes no habían tenido tiempo de proveerse de sus gabanes de invierno; gemían de frío. Parecían pollos desplumados debatiéndose en un mar helado.

Los paraguas danzaban sobre las cabezas de los transeúntes mojados. Los golpes de viento los arrancaban de las manos y se los llevaban en vuelo, dejando a sus dueños sin defensa. Los transeúntes fueron disminuyendo poco a poco. La ciudad se quedó sola. A la caída de la tarde aún se oía rugir el viento en los tejados.



Aquel día se vió pasar por la ciudad un entierro pobre que venia de la Katchka. El ataúd iba cubierto con una tela roja. Pocas personas lo acompañaban.

El cortejo avanzó lentamente como la pesada carga de un camello. Pero esta carga era de dolor, de tristeza y de desencanto.

Dulcemente, lentamente, el cortejo atravesó la ciudad. Hasta el cementerio de Chey-Khan-Taour. Se detuvo ante una fosa recién abierta.

Abrieron el féretro. Descendieron el cadáver en la fosa y lo cubrieron de tierra. Pronto se levantó un pequeño montículo.

Terminó el entierro. Alguien preguntó:

—¿Qué era Odina?

Y alguien respondió

—Un pobre tadjik. Nuestro camarada, uno de los miembros de nuestra familia obrera. Odina se nos ha ido muy pronto. Ha caído, víctima expiatoria, en la aurora de una vida mejor.

—Pero, ¿hay una vida mejor para los pobres?

—Todo llega. Y llegará el día, el gran día, en que no haya hombres que devoran y hombres devorados.

—¿Y bastará con que nosotros queramos para que llegue al fin ese día, que los hombres esperan en vano hace tantos siglos?

—Sí; bastará con que nosotros queramos.

Cho-Mirza había interrogado. Cherif había respondido.

Y todos los presentes gritaron a una sola voz:

—¡Odina ha muerto, viva la revolución!

Y se separaron lentamente.



## CONCLUSIÓN

La sangre ha corrido a torrentes en el Tadjikistan. Miles de familias han sido arruinadas. Miles de corazones han sido destrozados. La violencia y la arbitrariedad han reinado en sus montañas. Mejor que otros habitantes del Asia Central los montañeses tadjiks han conocido la desventura, el dolor y la muerte. Los emires, ávidos y crueles, de Bukhara, los han oprimido; los funcionarios del Estado los han tenido bajo sus botas. La mano severa del Chariat y del Adat ha estado suspendida sobre sus cabezas.

Miles de Odinas, miles de dulces Ghiouls, de Cherifs, han caído.

La revolución estalló en Bukhara en 1920. La opresión y los sufrimientos del pueblo debían durar todavía. Las pacíficas familias tadjiks debían gemir ante las incursiones de los basmatchs, perros de presa del último emir. Las aldeas enteras fueron destruidas. Polvo, cenizas, escombros.

El día del renacimiento nacional amaneció al fin. La aurora se levantó sobre las montañas del Tadjikistan. Se fundó la República tadjik. El ejército rojo, ayudados por los pobres y los rebeldes, cayó y destruyó a los basmatchs. Se volvió la última página. El libro antiguo del sufrimiento se cerró y nació la vida nueva.

¡Ved el nuevo Tadjikistan! Los aviones planean sobre las cimas inaccesibles de las montañas; los automóviles corren por las carreteras; los autobuses pasan roncando. Rieles lucientes cortan los senderos de los montes.

En las aldeas perdidas, como en las ciudades, se ven abrir bellas escuelas, claras y limpias como las mañanas; asilos para niños, hospitales, clubs, salas de lectura, bibliotecas. En lugar de los sombríos minaretes se ven alzarse los postes del telégrafo, las chimeneas de las fábricas.

¿Y para qué minaretes? Los minaretes son el pasado, y el hombre vive en el presente cara al porvenir. El minarete sólo encierra sombras, ficciones. Por el télé-



grafo corren ideas que son progreso. De la fábrica brota el bienestar, en cuyo seno todos los hombres son iguales.

Ya no se habla de piedad, sino de justicia. La palabra compasión—que, por lo demás, fué siempre una palabra vacía—ya no tiene uso. Los hombres han comprendido que la piedad es un estorbo; peor aún, un cómplice de la injusticia. Hay justicia y no piedad, porque todos saben que no se debe consentir que la piedad conceda, hipócrita, unas migajas de lo mucho que pertenece a los hombres por ley de justicia.

Y porque haya justicia, no piedad, han muerto miles de oscuros Odinas, de dulces Ghiouls, y la tierra cubre las ruinas de muchos ensueños de ventura. ¡Siempre fué lo mismo! ¡Siempre será lo mismo!

Es ley de vida. Porque la vida sólo florece cuando le sirven de abono los cuerpos humildes de los Odinas y de las Ghiouls. Son los mártires de la nueva redención, mártires sin culto, sin sacerdocio, sin leyenda de milagros, pero que han consumado el milagro de destruir las

cadena de sombras con que las generaciones muertas oprimen aún a las generaciones vivas.

Odina ha muerto. No sabemos nada de Cho-Mirza y de Cherif, pero adivinamos su suerte. Como otros pobres tadjiks, que han conocido el frío y la opresión del pasado, trabajan para conseguir el bienestar de los trabajadores del Tadjikistan. Son respetados, gozan de la confianza de todos.

Es cierto que aún hay «mullahs» y enemigos entre los tadjiks que trabajan en la sombra por envenenar al pueblo. Pero está próximo el día en que sean barridos hasta el último.

El Tadjikistan va a florecer. Va a regalar al mundo oriental con frutos de un dulzor maravilloso.

*Sadreddine Ayni.*



# “La Novela Proletaria”



Esta incomparable serie lleva publicados los números siguientes:

- Núm. 1.—«Sindicalista de acción», por Augusto Vivero.
- Núm. 2.—«Una pedrada a la virgen», por José Antonio Balbontín.
- Núm. 3.—«Las Animas Benditas», por Eduardo Barriobero.
- Núm. 4.—«La caída del Dictador», por Angel Pestaña.
- Núm. 5.—«Mi dama y mi star», por Angel Samblancat.
- Núm. 6.—«¡Pero mató a un burgués!», por Carrasco.
- Núm. 7.—«Las calaveras de plomo», por Salvador Sediles.
- Núm. 8.—«El Confidente», por Eduardo de Guzmán.
- Núm. 9.—«A tiro limpio», por Augusto Vivero.
- Núm. 10.—«La Bomba», por Rodrigo Soriano.
- Núm. 11.—«Un ensayo revolucionario», por Mauro Bajatierra.
- Núm. 12.—«¿Dónde está Dios?», por César Falcón.
- Núm. 13.—«Infamias», por A. Jiménez.
- Núm. 14.—«La ley de fugas», por Emilio Mistral.
- Núm. 15.—«Abel mató a Cain», por Ramón Franco.
- Núm. 16.—«Un periodista», por Ramón Magre.
- Núm. 17.—«El enchufista», por A. Vivero.
- Núm. 18.—«Noche Roja», por R. Soriano.
- Núm. 19.—«¡Resignación, hermanos!», por Salvador Sediles.
- Núm. 20.—«El Agente confidencial», por César Falcón.
- Núm. 21.—«¡La guerra que viene!», por Augusto Vivero.
- Núm. 22.—«¿Quo Vadis, burguesía?», por Hildegart.
- Núm. 23.—«La lucha del soldado rojo», E. Madarasz.
- Núm. 24.—«El traidor», por G. Nazarli.

Se sirve toda la colección con el 30 por 100 de descuento.

# Tesoro de la literatura revolucionaria

## ¡UN ACONTECIMIENTO EDITORIAL!

Sin retroceder ante sacrificios, LA NOVELA PROLETARIA publica la incomparable serie de narraciones llamada TESORO DE LA LITERATURA REVOLUCIONARIA.

¡Todas, obras desconocidas en España!

¡Todas, de autores que han vivido los episodios que relatan!

He aquí algunos títulos de esta magna colección, que no publicará ninguna Editorial burguesa:

1.º, LA LUCHA DEL SOLDADO ROJO, por EMILIO MADARASZ (núm. 23 de LA NOVELA PROLETARIA), 2.º, EL TRAIIDOR, por G. NAZARLI; 3.º, LA MUERTE DEL REVOLUCIONARIO TADJIK, por ADREDDINE AYNÍ; AMOR COMUNISTA, por ALEJANDRA KOLONTAY; 4.º, LUCHA A MUERTE, por MARKO MARCHEVSKI; 5.º, ESTAMPA DE LA REVOLUCIÓN, por G. KOSINKA; 6.º, MATANZA DE JUDÍOS, por ISAAC BABEL; 7.º, LA CAMARADA Y LA PROSTITUTA, por ALEJANDRA KOLONTAY; 8.º, EL ERMITAÑO, por MÁXIMO GORKI.

Esta colección será una joya incomparable, sin igual en España.

Ejemplar, 25 céntimos.

Pedidos a

  
**“Ediciones Libertad”**  
ROMA-41 MADRID